

10. ¿Dónde está Dios cuando ocurren las tragedias?

Las tragedias son indescriptibles. No tienen hora para llegar, interrumpen los sueños sin pedir permiso, al comienzo o en la mejor parte de ellos. No tienen la cortesía de esperar a que los sueños terminen.

Suele parecernos que las tragedias son algo que sólo les sucede a los demás. Pero cuando nos alcanza a nosotros, surge la pregunta inevitable: ¿Por qué?

¿Dónde está Dios cuando ataca la tragedia? ¿Sabe Dios dónde estamos y qué es lo que nos está sucediendo? ¿Nos ve cuando sufrimos? ¿Le importa? Si es así, ¿Por qué no viene en nuestra ayuda?

Jamás entenderemos los problemas; jamás comprenderemos los incendios, las inundaciones, los terremotos y todas las desgracias, si no logramos quitar el velo de lo que está detrás de todas ellas. No hay forma de entender el sufrimiento, si no entendemos a Dios.

Debemos comprender cabalmente el dilema divino. Dios no quería que fuésemos juguetes a los cuales manipular y controlar. No creó robots. El Creador no tuvo la intención de crear personas que funcionaran a batería. Quería gente de verdad a quien pudiera amar y de quien recibiera amor. Quería que fuesen libres para elegir. Vamos a leer lo que se encuentra en Josué 24:15 “Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová”. Esa fue la libertad de elección que Dios le dio a los ángeles y a todos los seres creados. Y cuando Dios hizo eso, corrió un riesgo tremendo: alguien, en algún lugar, podría hacer su elección y rebelarse. Y fue exactamente lo que sucedió.

El profeta Isaías escribió al respecto: “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo”. (Isaías 14:12-14) Lucifer era el hijo del alba. Era el ángel más encumbrado del cielo, el que se ubicaba al lado del trono. ¡Pero se llenó de orgullo y quiso ocupar el lugar de Dios!

El libro del profeta Ezequiel nos enseña algo más sobre este tema. “Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti”. (Ezequiel 28:14, 15, 17)

¡Qué hermoso ángel debe de haber sido Lucifer! Pero su corazón se exaltó por causa de su belleza. Corrompió su sabiduría por causa de su esplendor. Hay personas que dicen

que Dios es el responsable del mal por haber creado a Lucifer. Sostienen que Dios creó al diablo. Pero, ¿es eso cierto? ¡No! Lo que la Biblia nos revela es que él era perfecto en sus caminos desde el día en que fue creado. Por lo tanto, Dios lo creó perfecto, pero le dio el poder y la libertad de elegir, de la misma manera que lo hace con nosotros.

Al ejercer su libertad de elección, Lucifer se transformó en un diablo. Ante ese hecho, ¿qué haría Dios? Observa el dilema divino: Dios podría haber impedido el surgimiento de una rebelión dejando de crear personas. Podría haber llenado el universo con soles, galaxias y planetas, dejándolos deshabitados. Pero Dios prefirió crear personas porque sólo ellas pueden amar.

Después de la rebelión de Lucifer, que puso fin a la armonía perfecta del universo, le quedaban varias opciones. Dios podría haber optado por forzar a sus súbditos o podría haberlos descartado, desechándolos como se hace con los juguetes rotos. Si Dios hubiera actuado de esa manera, nadie lo habría comprendido. Si hubiera procedido así, habría probado que sólo quería robots y no personas que pudiesen ejercer la libertad de elección. Dios podría explicar las razones por las cuales expulsó a los ángeles rebeldes del cielo; pero explicar la naturaleza del pecado estaría más allá de la comprensión de seres que nunca habían presenciado el pecado.

Tal vez, Dios hubiera podido simplemente ignorar la rebelión, pero si hubiese actuado así, el resultado habría sido el caos. La rebelión podría propagarse y el universo entero caería. Sólo había una forma, una manera segura de enfrentar la rebelión. Tendría que permitir que el pecado demostrara su verdadero carácter. Y eso llevaría algún tiempo, mucho tiempo. Implicaría algunos miles de años de sufrimiento, guerras, catástrofes, envidia, odio y violencia. Todo causado por el ángel rebelde. Se necesitaría el tiempo suficiente para que los seres humanos, los ángeles y los habitantes de otros mundos viesen el verdadero rostro del pecado. Entonces, Dios podría destruirlo por fin sin ninguna voz de reprobación.

Un día, el pecado será finalmente destruido. La seguridad del universo así lo demanda. Pero Dios no tomará esa decisión extrema sin la aprobación de todos los seres inteligentes. Pero el surgimiento de la rebelión demandó una acción inmediata por parte de Dios. Y el resultado fue una guerra en el cielo.

“Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”. (Apocalipsis 12:7-9)

¡Guerra en el cielo! Miguel (otro nombre que se le da a Jesús) y sus ángeles lucharon contra el dragón (antes Lucifer, ahora Satanás) y sus ángeles. Y Satanás y sus adeptos fueron expulsados del cielo. La rebelión de Lucifer había traído una atemorizante nota de discordia en la armonía perfecta del cielo. La amenaza de esparcirse por el universo era real. Había que tomar una decisión.

¿Mantendría Dios el plan de la creación a pesar de conocer el riesgo que correría nuestro planeta? Los seres humanos, como todas las demás criaturas, serían creados con poder y libertad de elección. ¿Cómo se sintió Dios cuando ejecutó el plan de creación de este mundo? Estaba tranquilo, porque sabía exactamente lo que había que hacer llegado el caso de que Adán y Eva participasen de la rebelión propuesta por Satanás. Dios no la enfrentaría con fuerza ni con armas, sino con una cruz. La Trinidad había acordado que, si los seres humanos se plegaban a la conspiración, Dios el Hijo (la segunda persona de la Trinidad) vendría a la tierra para morir en lugar del hombre. Cuando descansó el primer sábado después de la creación, el Calvario ya estaba en su corazón.

“Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”.
(Apocalipsis 13:8)

¡Qué declaración! Nos cuenta una historia tremenda. El Cordero (Jesús) estaba preparado para morir desde la fundación del mundo. Esa sería el arma con la que Dios combatiría el pecado: Un Cordero muerto en una cruz. Y con esa arma, sería el vencedor. Y ahora, ¿qué haría Satanás? ¿Abandonaría su guerra contra Dios? No, por su puesto que no.

Aún así, es imposible entender las tragedias si no tenemos en cuenta ese conflicto cósmico que está en desarrollo. El sufrimiento será un misterio, hasta que comprendamos lo que está sucediendo tras bambalinas. Nos afecta la triste tendencia humana de acreditarse todas las cosas buenas de la vida, y culpar a Dios por las desgracias y las tragedias.

La Biblia nos relata la interesante experiencia de Job. En el relato se nos permite participar de los acontecimientos que están detrás de la escena. Se nos informa que hubo una conversación entre Dios y Satanás. Dios expresó su plena confianza en la lealtad de su siervo Job. Por su parte, Satanás dijo que Job servía a Dios solamente para recibir sus favores. Por eso, Dios le permitió a Satanás que hiciese lo que quisiera con Job, con la única condición de no tocarlo personalmente.

A pesar de todas las calamidades que le sobrevinieron, Job mantuvo toda su confianza en Dios. Entonces Satanás dijo que las cosas serían diferentes si tuviera autorización para alcanzar a Job. Dios permitió que Satanás continuara sus ataques, pero con la condición de preservar la vida de su siervo. A Job se le llenó el cuerpo de llagas dolorosas. Los que se decían sus amigos se sentaron para contemplarlo durante siete días sin decir ni una sola palabra. ¡Qué tortura! Y cuando abrieron la boca fue para decirle que debía de ser un pecador terrible para merecer tanto castigo. Pensaban que era Dios quien provocaba todo aquello. Y, al final de cuentas, ¿era Dios responsable o no lo era? Muchas personas se confunden en este punto. Job 1:11, 12 afirma: “Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia. Dijo Jehová a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él. Y salió Satanás de delante de Jehová”.

Dios dio a Satanás permiso para destruir los bienes de Job, pero él no debía extender su mano contra la persona. Job continuó confiando en Dios, por lo cual Satanás regresó ante la presencia del Señor y habló: “Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia. Y Jehová dijo a Satanás: He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida. Entonces salió Satanás de la presencia de Jehová, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza”. (Job 2:5-7)

Satanás se deleita en traerle el sufrimiento y la desgracia a los seres humanos. El culpable no es Dios, sino el impiadoso y cruel enemigo de Dios. Al igual que lo hizo en el pasado, Jesús querría andar por los caminos y los pueblos, por los hospitales y las clínicas sin dejar a nadie enfermo. Querría enviar a todos los pacientes para sus casas totalmente sanos.

Querría impedir que los automóviles chocasen, que los aviones cayesen y que ocurriesen los accidentes. Querría impedir los terremotos, las inundaciones y los incendios. Ahora bien, si Dios realmente querría impedir que sucedieran todas esas cosas, ¿por qué no lo hace? ¿Por qué no se manifiesta y termina con el sufrimiento de una vez? ¿Le falta el poder?

¿Será que Dios no puede hacer nada para solucionar nuestros problemas, más allá de expresar su simpatía? ¿Podemos pensar que le falta poder a quien habló y todas las cosas fueron hechas por su palabra? No, no se trata de falta de poder. ¿Será entonces falta de amor? Si fuese falta de amor, ¿crees que hubiera entregado a su Hijo para morir en nuestro lugar? Difícilmente. Entonces, ¿cuál es el problema? Si tiene todo el poder y ama hasta lo sumo, ¿por qué permite que ocurran las tragedias? Dios actúa de esa manera porque es sabio. Si Dios enfrentara a la rebelión de esa manera, sólo haría que se propagase aún más.

Si Dios hiciera lo que a nosotros nos gustaría, si curara toda dolencia e hiciera desaparecer todas las armas y evitara todos los accidentes; si hiciera todo lo posible para que nuestras vidas fueran fáciles, jamás entenderíamos cuán cruel, impiadoso y mortífero es el pecado. Mientras tanto, el mayor de todos los misterios es por qué los inocentes deben sufrir juntamente con los culpables.

Pero la discusión entre Dios y Satanás no terminó. Y hasta que termine, muchas cosas desgraciadas les sucederán a todos. Si Dios protegiera y curara a sus hijos, y respondiera todas las oraciones, tal como a él le gustaría, dejando que la tragedia les sobreviniera solamente a los que rechazaran su gracia, Satanás lo acusaría de ser injusto. Más aún, afirmararía que servimos a Dios sólo porque recibimos sus favores especiales.

Es imposible comprender el por qué de las lágrimas y el sufrimiento a no ser que entendamos el conflicto que se está encaminando a la solución final. Es un conflicto que debe ser dilucidado entre Dios y Satanás, entre el bien y el mal. Tú y yo estamos involucrados en esta situación. Los ángeles del bien y del mal están luchando por nuestra lealtad. Si nuestros ojos se abrieran y viesen el mundo invisible, contemplarían la

ferocidad de esas batallas.

Un día, dentro de muy poco, Dios nos explicará los extraños misterios de la vida. Y entenderemos y aprobaremos la manera como él condujo las cosas.